

EL MERCURIO

# SABADO

11 DE  
JULIO  
DE 2020  
Nº 1138



## El planeta personal de MARÍA TERESA RUIZ

*En estricta cuarentena desde el 16 de marzo, la destacada astrónoma dice que a su edad, 73 años, no es simple perder un año entero, que no sabe si se atreverá a volver a subir a un avión y que se siente nerviosa incluso cuando sale al patio. Además, afirma que el desafío de la humanidad, una vez que termine la pandemia, será conversar y trabajar junta. Sobre su pérdida progresiva de visión, producto de una enfermedad degenerativa, cuenta que no le afecta para trabajar, pero ya "no puedo ver las estrellas".*

# EL PLANETA PERSONAL

## de María Teresa Ruiz

En estricto confinamiento desde el 16 de marzo, la destacada astrónoma dice que a su edad, 73 años, no es simple perder un año entero, que no sabe si se atreverá a volver a subir a un avión y que se siente nerviosa incluso cuando sale al patio. Además, afirma que el desafío de la humanidad, una vez que termine la pandemia, será conversar y trabajar junta. Sobre su progresiva pérdida de visión, producto de una enfermedad degenerativa, cuenta que no le afecta para trabajar, pero ya “no puedo ver las estrellas”.

POR ESTELA CABEZAS

**María Teresa Ruiz** siempre ha estado acostumbrada a vivir en base a metas, a cosas que hacer en el futuro. Su disciplina e inteligencia la ha llevado a lugares que hace algunos años eran impensados para una mujer: fue la primera en ganar el Premio Nacional de Ciencias Exactas en 1997, la primera presidenta de la Academia de Ciencias, la primera en estudiar Astronomía en Chile, y la primera en doctorarse en Astrofísica en la Universidad de Princeton.

Pero hoy, en plena pandemia, su vida está en una dimensión totalmente nueva.

—Hoy me siento como en un remolino del espacio-tiempo, porque estoy en el mismo lugar: desde hace cuatro meses que no me muevo del mismo lugar, y no hay ni ayer ni mañana, porque el ayer es igual al hoy, igual al mañana. Y la única forma de saber qué día es, es porque mi marido, cuando es feriado o fin de semana, se pone *jeans*. Los otros días se viste como para ir a la oficina. Entonces, cuando lo veo con *jeans* digo: “Ay, es domingo” —cuenta riendo.

La astrónoma comenta que ha tenido tiempo para pensar en todo lo que ha perdido por esta cuarentena.

—Si yo tuviera 30 años, ya, no importa, porque uno tiene tiempo para recuperarse, pero a mi edad (73 años) perder un año entero sin memoria, sin vida, no es simple (...). Por lo menos en mi trabajo, aunque también en todas las cosas de la vida, uno tiene que ser capaz de amarrar el pasado con el presente y con el futuro, porque así es la vida. Pero ahora no encuentro de dónde agarrarme para el futuro. Yo había invitado a mis nietos y a mi hijo, a mi hermana, para que nos fuéramos todos juntos al sur al eclipse que va a haber en diciembre, y teníamos todo más o menos armado. Y ahora es el momento en que debería estar finiquitando un montón de cosas para que eso sea así, y la duda: ¿me atreveré a subir a un avión?, ¿será seguro?, ¿se podrá viajar? Todo me parece terrorífico.

—¿Por qué?

—Yo soy una persona súper estructurada y planificadora; entonces, esa incertidumbre me molesta, me complica. Me cuesta vivir el día a día, pero ahora estoy tratando de hacer eso: vivir con un futuro bien acotado. “Voy a terminar estos trabajos hoy” o “esta serie voy a terminarla en la noche”. Esos son las metas que me estoy poniendo ahora.

—¿Esta pandemia la ha hecho pensar en la muerte?

—No, yo no me pienso morir, a pesar de que ya me toca, pero no pienso. No está en mis planes.

—¿Le tiene miedo?

—No, pero a veces lo pienso. Como ahora uno no tiene muchas memorias nuevas, comienza a recordar, el otro día me puse a mirar fotos y me encontré con unas en las que todos los que estaban ahí ya habían muerto. Yo era la única viva. Entonces, chuta. Finalmente agarré las fotitos y las guardé, porque pensé: “No, esto en vez de ser un viaje entretenido al pasado, me empezó a poner nerviosa”.

María Teresa Ruiz está sentada frente a su computador. Al fondo, a través del ventanal, se ve su patio, que en primavera y verano cuida con esmero.

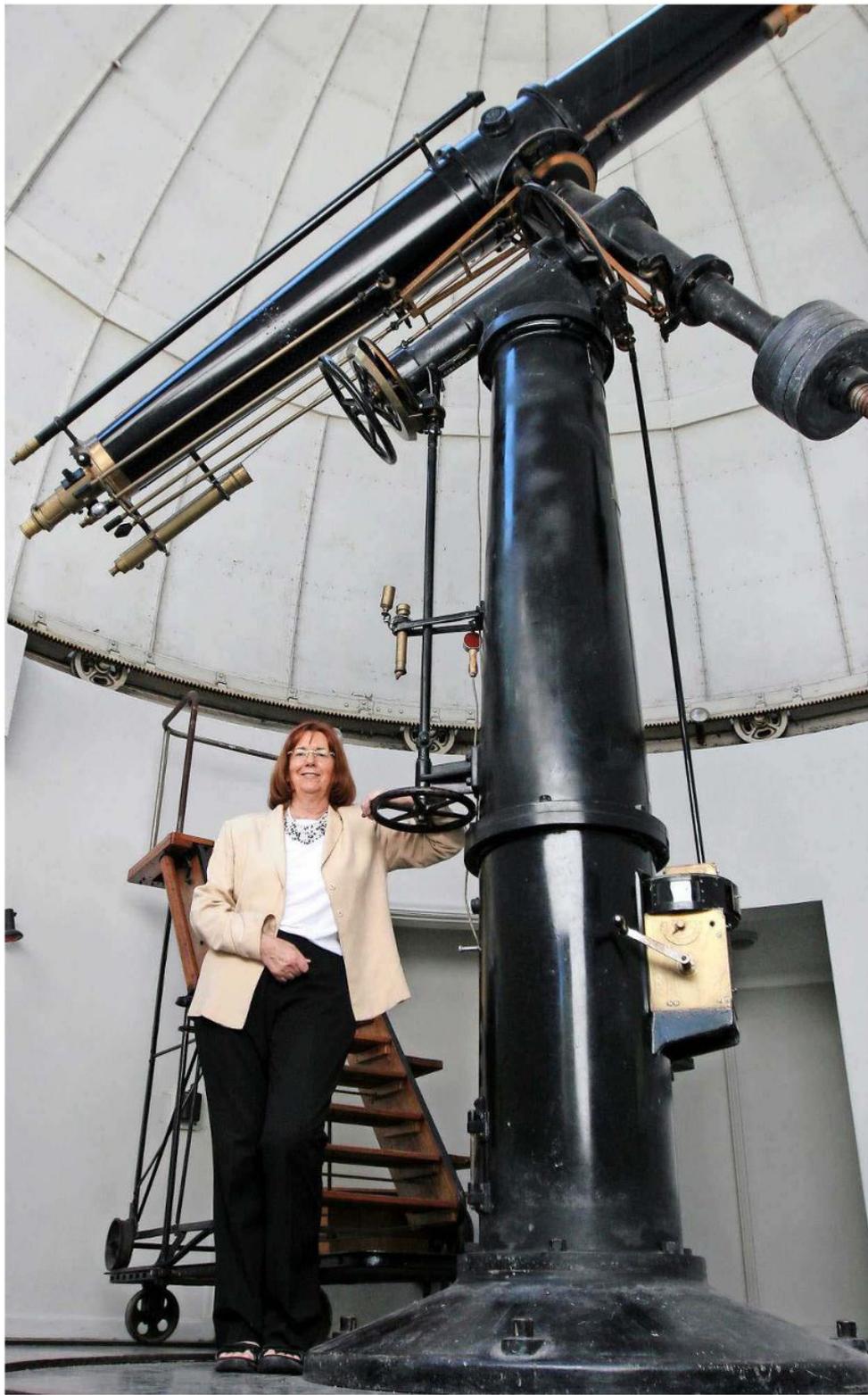
—Fíjate que me pasa que salgo al patio y me instalo en una sillita y estoy diez minutos y me empiezo a sentir nerviosa, como que estoy haciendo algo prohibido y me entro a la casa, me encierro. No me siento cómoda al aire libre.

—¿Le da susto contagiarse?

—No, si esto es algo irracional (...) Antes mis amigas mandaban memes, pero ya no. La gente está agobiada, ya no es divertido.

Continúa haciendo clases en la Universidad de Chile en modo remoto, pero paró su trabajo de astrónoma, porque los observatorios “están todos hibernando”, explica.

—Hace un mes comenzaron a abrir



“Y yo, que soy bien artesana, pensaba el otro día que con mis ojos sanos hubiera estado tan feliz en la pandemia, porque me hubiera dedicado a pintar, a bordar. Nada de eso lo puedo hacer. Y leer también me cansa”, dice acerca de la enfermedad degenerativa que afecta su visión.

los observatorios de Hawái, pero en una modalidad muy limitada. Eso significa que solo puede subir una persona al lugar.

Pero hay que tener mucho cuidado, advierte.

—Lo que hemos visto en Europa y en EE.UU. es que esto no es jauría, no es cosa de que vamos a terminar y a salir a hacer nuestra vida de siempre, a juntarnos, viajar. Ahora todo tendrá que ser repensado mil veces. Además, a mí que me den marcha blanca primero, porque yo estoy en cuarentena estricta desde el 16 de marzo. La primera vez que salga voy a llegar a la esquina y a lo mejor en unas dos o tres semanas me voy a atrever a ir al banco.

—¿Cuáles han sido sus angustias en todo este período?

—Ahora, en lo que he pensado, es en la fragilidad de la vida. Nosotros como sociedad nos habíamos alejado mucho de la muerte. Eso con el coronavirus se perdió: hoy nos podemos morir, así no-

más.

Sus cuidados son extremos, porque ella y su marido, por edad, están en el grupo de riesgo. Es hipertensa, aunque mantiene controlada esa patología. ¿Su médico? El doctor Jaime Mañalich.

—Me trató muy bien. Me gustó, porque es muy callado. En la consulta te revisaba y estaba callado. Siempre sentí que era así, porque estaba pensando.

—¿Sufrió, entonces, al ver cómo lo criticaban?

—Sí, pero no solo por él. Todos están trabajando como chinos, haciendo lo mejor que pueden, ministros, el Presidente, los médicos. Entonces, pararse en la vereda del frente a criticar lo encuentro poco útil. Obviamente ellos no son infalibles.

“Como médico, (Mañalich) es una persona muy talentosa. Y bueno, sí, parece que debe ser complicado trabajar con él, porque tiene su carácter, pero yo creo que fue importante para toda la primera etapa, cuando hubo que juntar

las clínicas privadas con las públicas. No sé cómo lo hubiera hecho el actual ministro. Paris tiene otro método, otro estilo”.

—¿No le preocupa lo del número de muertos? Pareciera ser que la gente está confundida con la cantidad de medicamentos de los fallecidos que se entregan.

—Elige cualquiera de los números, si lo único que quiere ver uno es la tendencia. Si va bajando ese número, estamos más contentos.



María Teresa Ruiz participó en el reciente libro *Puerto Ideas de la A a la Z*, que celebra los 10 años de reflexiones de este evento. Científicos, escritores, historiadores y filósofos escribieron sobre una palabra cercana al espíritu del festival. La astrónoma lo hizo sobre la palabra “futuro” y, aunque fue escrito en diciembre, antes de la pandemia, el texto parece haber sido pensado para estos días.

“Es necesario pensar en aquello que no existe: el futuro. Ocuparnos no solo de nuestro clan, sino de la especie. Aun de aquellos que todavía no caminan sobre la tierra (...). De lo que hagamos hoy depende que la humanidad pueda seguir hilvanando sueños de futuro”.

—El futuro se logrará si es que aprendemos a trabajar juntos —dice—, porque la verdad es que cada uno depende del otro, y hay desafíos que ni una persona ni un país van a poder enfrentar solos, va a tener que ser la humanidad completa la que lo haga, como especie. Para eso hay que aprender a conversar y a trabajar juntos.

Ella cree que esta “es una especie de prueba que nos está poniendo el universo, a ver si somos capaces, porque por primera vez podemos conversar entre todos a pesar de la distancia. Lo he visto con los Zoom que hacemos en familia: podemos juntarnos una sobrina que está en Barcelona y otro sobrino que está en París; y mi hijo daría lo mismo que estuviera en la China, porque está en Vitacura, pero está igual de lejos”.

“Lo que me da más miedo es la posibilidad de que salgamos más locos y chillados de esto”.

—¿Qué cosas cree que van a cambiar después de esta pandemia?

—A mí me ha encantado ver, desgraciadamente por las escasas de recursos y de insumos, cómo en muchos lugares la gente se ha organizado para ayudarse. En ollas comunes y en lo que sea necesario, y eso siempre es bueno. Incluso aquí en mi propio barrio teníamos un WhatsApp de seguridad, pero que ahora se ha transformado: se ofrecen papas, quesos o la gente cuenta que va a ir a La Vega y pregunta si alguien necesita algo. De pronto se transformó en una comunidad de personas que velan unas por otras. Y creo que eso, en la cosa micro, es bueno.

Dice que espera que con esto la gente se de cuenta de que dependemos realmente mucho el uno del otro.

—Además, no sirve de nada que en donde yo vivo, aquí en Las Condes, estamos todos sanos si en la comuna del lado están todos enfermos. Así pasa con los países. Necesitamos darnos cuenta de que en esto estamos todos juntos y tenemos que salir todos juntos. Yo pienso que es una enseñanza que puede ayudarnos a ser un poquito más generosos.

—¿Cómo ve el futuro de la ciencia? Se diría que nunca habían sido tan valorados.

—Una de las cosas positivas que espero es que la ciencia salga fortalecida de esta pandemia. Históricamente la ciencia ha sido bien vapuleada, siempre se le ha considerado como algo no esencial. La ciencia, en este país, ha sido muy poco valorada y mal financiada comparada con casi cualquier país de Latinoamérica y del mundo.

Le sorprende que hoy, incluso en EE.UU., cuando le preguntan a la gente en la calle, opinan que no le creen al Presidente, ni a nadie, pero sí a la ciencia.

—Y en Chile no es algo que se haya entendido. Por ejemplo, acá había laboratorios para producir vacunas y en algún momento se eliminaron. “No, mejor las compramos”, no se dieron cuenta que hay cosas que no se pueden comprar.



Hace seis años, María Teresa Ruiz se enteró de que tenía una enfermedad degenerativa en los ojos y que a la larga era

posible que perdiera la visión por completo. Eso ya le pasó en un ojo, cuenta, mientras que el otro ya comenzó a fallar.

—Lo que más me cuesta es leer y bordar. Y yo, que soy bien artesana, pensaba el otro día que con mis ojos sanos hubiera estado tan feliz en la pandemia, porque me hubiera dedicado a pintar, a bordar. Nada de eso lo puedo hacer. Y leer también me cansa. Así que leo los documentos y las cosas que me llegan por pega. Ya no leo por placer.

—**¿Este problema a la vista le afecta en su trabajo como astrónoma?**

—No, no me afecta para trabajar.

—**Pero ya no puede mirar al cielo como antes.**

—No, no puedo ver las estrellas ni nada, pero, por ejemplo, el eclipse sí lo puedo ver. Para el eclipse anterior me invitaron en el avión de *National Geographic* y fue súper emocionante. Por eso es que ahora quería ir al sur.

Por la dificultad de la vista, ya no se atreve a cocinar. Dice que lo hace cuando su marido se ofrece de “pinche” de cocina, porque “me he cortado. Cuando ves de un ojo y del otro no, es súper difícil calcular”.

—**¿Hay ahí también una reflexión con la fragilidad propia?**

—Claro, y con la autonomía. Esa es la parte más complicada. No puedo manejar, por ejemplo. Dependo de otras personas. Antes me daba miedo viajar sola, pero descubrí que la gente es muy colaboradora cuando pides ayuda, aunque te tienes que acostumbrar a hacerlo.

—**¿Fue perdiendo temores?**

—Perdiendo y adquiriendo otros. He perdido el miedo a mostrar la fragilidad propia. Una de las cosas que me pasa es que a veces me cuesta comer. Trato de tomar la comida con el tenedor, me la llevo a la boca y me doy cuenta que no tomé nada. O trato de servirme un vaso de agua y cuando siento cómo cae al suelo el agua, entiendo que no le achunté. Me pasó hace pocos meses en un directorio en Washington, porque todavía no asumo que tengo problemas con mi vista, me cuesta.

Se está empezando a acostumbrar con unos programas en el computador que leen documentos y con los audiolibros, que “aun me cuestan. Se requiere cierto entrenamiento, porque me pongo a escuchar el libro y me distraigo”.

—**¿Ha pensado en el retiro?**

—Me pasó que cuando me dieron el Premio Nacional. Yo tenía 51 años y los periodistas me preguntaron qué más va a hacer. A mí me vino una depresión de la que me costó salir, porque pensaba eso: qué más voy a hacer. Pero ahí me cuenta que uno debe vivir la vida como si fuera infinita.



No usa Twitter, Facebook ni Instagram. María Teresa Ruiz dice que no le gusta la relación que se genera en las redes sociales.

—Se da mucha opinión sin reflexión. Ahí reina el impulso en vez de una cosa pensada. A todos nos pasa que reaccionamos de una manera, pero luego pensamos un poco más o recibes un *input* de otro lado y te das cuenta: “Ah no, me equivoqué, en realidad no era tan así”. O puedes ponerlo en un contexto, qué sé yo. Pero eso de reaccionar impulsivamente no está bien, y eso se ve en redes sociales.

Le preocupa, además, que ahora la gente crea que todo es mentira.

—Hay toda una onda contra las *élites*, pero eso es abominar la excelencia. Pasa con mis propios colegas: si alguien hace algo muy bien, dicen: “Mejor que nadie sepa, porque si llego a decir que me gané un premio o que hice una cosa muy extraordinaria, lo van a criticar”. Entonces, hay una sensación de que uno, mientras más mediocre sea, más a salvo está de la envidia, de esa onda negativa que existe hoy. Es muy penoso, sobre todo para las nuevas generaciones, que ven que destacarse por sus propios méritos es algo no tan deseable. Finalmente es pasar desapercibido para no transformarse en un blanco.

—**Una vez usted contó que antes las mamás se acercaban para que convenciera a sus hijos de no estudiar Astronomía, porque no tenía futuro y que ahora se acercan para contarle con orgullo que sus hijos quieren ser astrónomos. ¿Cambió el tema del dinero?**

—No, todo lo contrario. Si lo que te interesa es ganar plata, la ciencia no va

por ahí. Pero sí te va a permitir vivir tranquilamente. Y si postulas a proyectos, mejor, porque con ellos tienes una compensación monetaria que te permite vivir bien.

—**En ese sentido, ¿cómo siente que ha sido el trabajo del Ministerio de Ciencia?**

—Está recién empezando y se les vino el tema de la pandemia encima. El ministerio ha tenido un buen papel en esto: ha hecho concursos especiales y ha organizado a la comunidad. Tú has visto la cantidad de proyectos que hay para hacer insumos médicos, para construir instrumentos. Por otro lado, hay grupos estudiando las posibilidades de tener contactos para traer vacunas. Hay una actividad que difícilmente se habría podido hacer si no hubiera existido el Mi-

“Chile le va a tener que dar hartas gracias a ese ministerio de Ciencia cuando esto pase. Por ahora nadie le va a dar las gracias a nadie”.

nisterio de Ciencia. Yo creo que Chile le va a tener que dar hartas gracias a ese ministerio cuando esto pase. Por ahora nadie le va a dar las gracias a nadie.

—**¿Esta realidad de la crítica, de la disconformidad y la envidia de la que habla, es algo que le tocó vivir a usted?**

—Yo creo que lo básico es ser agradecido. A mí me han ayudado montones en mi vida y he tratado de ser agradecida, pero hay gente que yo he ayudado a salir adelante, y que a la vuelta de la esquina te traiciona.

Dice que cree que esto es producto de la desconfianza, “porque en Chile todos desconfiamos de todos, y probablemente

te se piensa que la persona que logra algo es porque tiene pituto. Entonces, hay una sensación de mirar en menos los méritos o no reconocerlos. Y que si uno reconoce los méritos de otros, eso te dejará mal parado, cuando es todo lo contrario”.

—**¿Y cómo cree que se puede cambiar eso?**

—No sé cuál es el antídoto. Una vez en Roma vi un programa en donde hablaban unos psicólogos sobre la envidia y me hizo tanto sentido, porque decían que el único antídoto para la envidia era el agradecimiento. O sea, cuando tú agradecías a una persona porque te ayudó, porque te dio la mano, te abrió un camino, nunca vas a sentir envidia hacia esa persona. Yo trato de ser agradecida.

“Creo que eso es lo que nos hace falta como sociedad: ser más agradecidos de lo que tenemos, de lo que otros hacen. Pero es algo que se nos olvidó y ahora todo es malo, incluso quienes hicieron cosas buenas en el pasado. Una imposibilidad total de darse cuenta que el tiempo pasa y que cuando uno juzga con la luz de hoy lo que se hacía en el 1800, va a encontrar que todos eran unos psicópatas asesinos, pero no se vale, así no es la cosa. Y lo mismo pasa con los gobiernos anteriores, porque todo lo miramos como si estuviera pasando hoy.”

María Teresa Ruiz cuenta que votó por Ricardo Lagos y que “es uno de los Presidentes más inteligentes que ha tenido Chile”.

—Si yo digo eso ahora, me matan. Cuando hace unos años él estaba en una posible candidatura, yo le decía: “Con todo el cariño y admiración que le tengo, ¿para qué se va a meter en esto?”. A los que son Presidentes yo les levantaría un monumento, a todos. Yo nunca he sido de derecha, pero encuentro que el Presidente Piñera ha hecho cosas, y eso de tener que levantarse y acostarse pensando en todos los enredos que pasan en el país y todos los problemas... Yo le agradezco. Puede que se equivoque muchas veces, y ahí lo voy a criticar, pero por otro lado reconozco que es un trabajo duro.

—**¿Cree que vamos a cambiar después de esto?**

—Yo creo que sí. Pero lo que me das

más miedo es la posibilidad de que salgamos más locos y chiflados de esto. No se cómo evaluarlo, pero eso es lo que me da más miedo. ¿Hasta qué punto la psiquis humana es capaz de recuperarse de esto? Yo entiendo que hay gente que lo está pasando mal y es obvio que estén muy afectados, pero lo que más me sorprende es que está afectando a gente en condiciones aún más favorables que las de uno. Muchas depresiones, muchas crisis de pánico.



Hoy está escribiendo un libro acerca del sol. Se decidió a hacerlo porque se conoce muy poco sobre él y los impactos que tiene sobre la Tierra, dice.

—Han ocurrido eventos relativamente recientes de eyecciones del sol que a la vida no les hace mucho, pero a la tecnología la puede destruir. De hecho, ha destruido centrales eléctricas. Una eyección como la que sucedió hace 100 años podría llegar a dejar inoperantes todos los GPS, toda la electrónica, y como dependemos tanto de la electrónica, podría ser un problema no menor.

“Por eso digo que hay que pensar en tener un plan b. Definir y proyectar cómo serían las cosas sin internet. Cuatro años atrás estaba en una reunión de observatorios en Estados Unidos, entre ellos el Observatorio Solar Norteamericano, y ahí nos contaron que hacía un mes acaba de pasar una eyección monstruosa del sol, y que nos había pasado raspando. Desde que el sol genera esta fuerza, hasta que llega a la Tierra, es solo un día. Uno de ellos nos contaba que hasta último minuto estuvieron cruzando los dedos para que no llegara al planeta. Por suerte, pasó por el lado”.

—**A propósito, ¿usted cree en la vida extraterrestre?**

—Sería súper raro que no hubiera. En nuestra propia galaxia, la Vía Láctea, hay 10 mil millones de estrellas, la mayor parte de ellas son muy parecidas al sol y varias tienen planetas girando alrededor. Cómo no se van a dar las condiciones para que surja la vida como pasó acá. Ahora, el tema es la comunicación, porque a la galaxia más cercana nos demoraríamos más de 50 mil años en llegar. S